

Un campamento británico.

Impasible y cortés, el coronel que nos guía por las interminables avenidas de un campamento de reposo, parece escuchar apenas los elogios que hacemos de sus tropas. De la guerra, de las fatigas que los soldados padecen en las trincheras antes de venir a gozar aquí de algunos días de reposo bien ganado, no nos dice una palabra. Pero en llegando a tocar el punto del *confort*, de la elegancia, de las comodidades de la vida de *vac*, su rostro rudo se anima, y de sus labios brotan, entre nubes de humo, largos discursos satisfechos. Más que un guerrero en campaña produce la impresión de un colonizador orgulloso de haber creado un pueblo de recreo en medio de un desierto. Hasta aquello que, por lo nimio, nos resulta indiferente a nosotros los simples curiosos, para él tiene una importancia inmensa.

— Aquí están las duchas, con agua caliente y agua fría — exclama al llegar a un quiosco de madera.

Un cabo acude y da vuelta a una llave, luego a otra, en seguida a una tercera... La lluvia cae en veinte cubos de hierro. La atmósfera se llena de vapor. Y el militar, extasiado ante su obra, sonríe, murmurando :

— Eso no lo tienen los *boches*...

Ni eso ni nada de lo que hay en los campamentos británicos existe, en efecto, en los demás frentes. En

Champaña, en la Argona, en Lorena, he visto las aldeas improvisadas en las cuales los franceses esperan la orden de avanzar hacia las líneas de combate. Gracias a su iniciativa personal, el *pioupiou*, juguetón e ingenioso, se arregla chozas que parecen construídas para algún *village negre* de Exposiciones universales. Cada mueble representa ahí un esfuerzo. Y si el conjunto encanta con su rústica gracia primitiva, es por lo que revela de buen humor y de ingenua resignación en los heroicos guerreros de Joffre. En la zona inglesa, por el contrario, Tommy lo encuentra todo hecho desde que llega. Con solícita suntuosidad, el Estado Mayor de sir Douglas Haig multiplica las barracas de cómodos dormitorios, de salas de lectura, de cantinas, de casinos de recreo, de capillas, de teatros...

*
* *

— Es mucho más feliz el soldado inglés que el francés — dice Valdeiglesias, apuntando escrupulosamente lo que observa.

Pero, a su gran sorpresa, nuestro guía le contesta:

— No... No lo crean ustedes... Al contrario... El por qué, está en razones psicológicas de raza... Nuestros hombres, al hallar su abrigo hecho y su taza de te en la mesa, no saben en qué emplear sus horas de ocio y se aburren, mientras nuestros aliados, siempre despiertos por deseo de buscar algo de bienestar material, no tienen tiempo de sentir el tedio... Vean ustedes nuestros refectorios, y compárenlos con los del Argona...

En una especie de cuadra de cincuenta metros de largo, encontramos reunidos, alrededor de mesitas de

pino, a unos doscientos mocetones rubios. Un silencio absoluto reina en el espacio. De las pipas suben espirales blancas. En las copas lucen líquidos de varios colores. Sobre un vasto mostrador amontónanse las rodajas de jamón, los trozos de queso, los pasteles dorados, las cajitas de chocolate. En un extremo hay una estantería llena de libros y en el otro un piano. ¿Qué más pueden desear los que conocen las miserias de las trincheras, para sentirse contentos?... Y sin embargo, los rostros no indican sino indiferencia o hastío, un hastío aristocrático, algo en que aparece la saciedad de todo y la nostalgia de la acción, de la vida intensa, de las emociones fuertes. Cuando se han saboreado las fatigas y el peligro de las batallas, un vivac lujoso, con estufas, con salas de concierto, con sermones evangélicos, resulta un poco parecido al destierro. Los jefes, que lo saben, se esfuerzan por remediar a tan extraño mal, y la aristocracia londinense los ayuda con su dinero y con su energía. Estos casinos de campaña están fundados y mantenidos por damas ilustres, que no se creen rebajadas por el hecho, inaudito en el resto del mundo, de venir a servir refrescos y *sandwiches* a los soldados.

— Las cuatro señoritas que ven ustedes detrás del mostrador — nos dice nuestro guía — son hijas de lord X...

Las cuatro son jóvenes y bellas, las cuatro tienen esa frescura de esmalte que seduce en los retratos de Reynolds; las cuatro podrían, en Londres, donde la guerra no ha hecho cesar la alegría de las fiestas, llevar una vida de triunfos mundanos. Y las cuatro están aquí, solas, viviendo en una barraca, sirviendo a duros guerreros, respirando en una atmósfera ahumada.

— Entre nosotros no sería posible esto — murmura el

marqués de Valdeiglesias, absorto ante la hermosura y la sencillez de las *barwomens* linajudas y exquisitas.

Esto no es posible, realmente, sino entre gente como la que nos rodea, y que no parece ni siquiera notar la presencia de las lindas aristócratas, como tampoco notan la nuestra. ¡Figurémonos lo que sucedería en España, en Italia, en Francia, en un caso análogo! ¡Cuántos ensueños locos atormentarían la mente de los soldados! ¡Cómo se sentiría en el aire el rumor de la galantería!... Aquí, en cambio, según nos lo asegura el capellán encargado de vigilar el lugar, nunca se ha oído un piropo. Y, sin duda, tal modo de ser indica una falta casi absoluta de sensibilidad y de imaginación. Pero al mismo tiempo revela una dignidad extraordinaria, un gran orgullo de raza.

*
**

La dignidad: he ahí el rasgo principal del soldado inglés. Siendo el menos *coqueto* de los hombres, el que menos interés tiene en *gustar*, el que menos se parece a Don Juan Tenorio, es, no obstante, el que mejor se viste, el que más se cuida, el que con mayor cuidado se adorna. No hay uno sólo entre ellos que merezca el nombre simpático, aunque desgreñado, de «peludo». De trecho en trecho, entre las barracas, una tiendecilla clara atrae con su rótulo de *Hair Dresser*. En el campo, en los sitios donde las patrullas viven en tiendas de campaña, se ve a los mozos robustos en mangas de camisa afeitándose con gran cuidado. En las trincheras mismas, en primera línea, nunca faltan los espejos, los peines, los cepillos de dientes. Fabián Vidal se admiraba hace algunas horas en un depósito de la Intenden-

cia, al observar el espacio que ocupan en las mochilas británicas los objetos de tocador. Junto al frasco del agua hay, en ellas, otro para el agua de Colonia. Los dentistas son tan numerosos en los campamentos como los médicos. Ahora mismo nuestro guía nos dice:

—Lo que más exaspera a los soldados en las trincheras es el lodo que ensucia las botas y los uniformes.

Y lo singular, o más bien lo admirable, es que todo esto, que a otro pueblo le haría parecer afeminado, va unido en los ingleses a una energía varonil que llega hasta la rudeza y que desconoce la sonrisa.

*
**

En su deseo de enterarse de todo, el director de *La Época* interroga sin cesar, preguntando a los unos lo que beben; a los otros, lo que leen; a los demás, lo que piensan. En un campamento francés tales *encuestas* provocarían mil bromas y mil ocurrencias. Aquí todos, desde el coronel hasta el último Tommy, contestan con la misma seriedad atenta y fría.

—¿Es usted católico? — acaba de preguntarle a un sargento que lee un evangelio.

—No, señor; soy protestante... En este club todos somos protestantes... Los católicos están en el de enfrente...

En su religiosidad metódica, las Sociedades inglesas que fundan casinos de campaña no se olvidan nunca de indicar la fe a que pertenecen. Unos tienen en la puerta las iniciales de la Sociedad de Jóvenes Anglicanos; otros ostentan el escudo de la Liga Presbiteriana; otros, los más numerosos, son de las Asociaciones Evangélicas. Y cada soldado gusta de preferencia lo suyo, sin por eso

desdeñar lo ajeno. Las querellas doctrinarias no existen en el frente. Los sacerdotes son los primeros en dar el ejemplo de la buena armonía. En una carta publicada por el *Dailly Express*, el reverendo Mac Nollet dice: «En mi cuarto vivimos juntos cuatro capellanes: uno católico, uno presbiteriano, uno anglicano y yo.» En ciertos lugares una sola capilla sirve para la misa y para los oficios luteranos.

— Lo que me extraña — parece decirnos nuestro guía — es que a ustedes les extrañe eso...

*
* *

La verdad es que todo nos extraña y todo nos admira. Hay tanto orden en el campamento, hay tanto silencio en los refectorios, hay tanto *confort* en los dormitorios, que no logramos acostumbrarnos a la idea de que estamos en un cuartel de campaña, en medio de diez mil soldados que se batieron ayer terriblemente, y que volverán a batirse mañana. Con su serenidad absoluta, estos héroes voluntarios hacen pensar en todo menos en la guerra. El mismo jefe que nos acompaña nos habla de mil cosas menudas, y nunca de cañones, ni de muerte, ni de heroísmo, ni de sangre. ¡Qué digo! Después de hacernos visitar las cocinas, los comedores, los dormitorios, las barberías, las capillas, los patios de *tennis* y de *foot-ball*, nos lleva hacia una amplia cuadra en cuya puerta hay un cartelón con este rótulo: «Music-Hall del Campo Florido. Grandes atracciones, orquesta escogida, pantomima y baile. Los mejores excéntricos de Europa. La bella Fatma. Los Robert's y el hijo legítimo de Chalot. Mademoiselle Cotelette. Esta tarde, espectáculo maravilloso.»

— Entren ustedes — murmura el coronel.

En el interior, aún vacío, vemos un escenario con su decorado de papel y su telón de indiana floreada. Una música extraña sale de un ángulo, y una vocecilla contrahecha canta una melopea que quiere parecer femenina y parisiense, y que es de un efecto extraño, con su acento de clown y sus frases bulevarderas.

«Ah! La petite Mariette, la petite Mariette, la petite Mariette», grita.

Muy grave, cual si nos revelara un secreto estratégico, nuestro amable *cicerone* nos dice:

— Es mademoiselle Cotelette...

La alegría del soldado inglés.

El capitán de Estado Mayor que nos acompaña trata de convencerme de que lo que acabamos de ver en el campamento de reposo no es sino la máscara del soldado inglés. Su verdadera fisonomía, según él, es no sólo diferente, sino opuesta a lo que hemos observado. Hombre doble por instinto y por naturaleza, el buen Tommy vive dos vidas, tiene dos rostros, palpita con dos corazones. El primero, el del tiempo de descanso, es una copia más o menos perfecta de las imágenes de aquel extraordinario lord Byron, que bostezaba aun en medio de las tempestades. El segundo, que es el verdadero, se anima al soplo de la acción con rasgos de una ingenuidad casi infantil.

— Lo malo — me dice mi mentor — es que no le será a usted fácil ver esta última fisonomía de nuestro soldado, pues aun en las trincheras avanzadas, si no hay lucha entablada, la impasible indolencia persiste siempre. Por una especie de educación secular, nuestra raza ha adoptado un modo de ser que desconcierta a los que no nos conocen. Pregunte usted a cualquier psicólogo extranjero, de los que estudian al pueblo inglés, cuál es el fondo del carácter de nuestras tropas, y de fijo le hablará de la flema británica. Yo le pedí, hace poco, a un oficial francés que ha luchado en nuestro frente, algunas notas sobre lo que había visto, y me dijo lo si -

guiente: «Los ingleses son, sin duda, soldados extraordinarios, que hacen la guerra como todo lo demás, fríamente; minuciosamente, más preocupados de los detalles nimios que de las grandes pasiones. Al contemplarlos, en plena lucha, tomar sus fusiles, cargarlos sin prisa y apuntar de un modo escrupuloso, se figura uno que se halla en un concurso de tiro. Jamás he experimentado entre ellos la sensación de la pelea. Como obreros meticulosos, cada uno cumple su deber sin dar importancia a lo que hace el vecino. Y cuando alguno de ellos cae con el pecho atravesado por una bala, los demás no lo notan siquiera, de tal modo se hallan ocupados en sus tareas. Pase lo que pase, la calma general es absoluta. La disciplina que los mueve parece un rito. Antes del combate se limpian, se lavan, se peinan. Después del combate vuelven a peinarse, a limpiarse, a lavarse. Hay algo de automático en el conjunto.» Mi primer impulso, al oír esto, fué decir a mi compañero francés que estaba equivocado. Pero luego pensé que más valía no meterme en una disputa que no nos hubiera nunca puesto de acuerdo. «Algo hay de eso», le dije. Y es cierto; algo hay de aparente frialdad o de frialdad real, no lo sé a punto fijo, en nuestra raza. Sólo que al mismo tiempo hay otra cosa que casi es lo contrario... ¿Me comprende usted?...

— No — le confieso...

Entonces el capitán saca del bolsillo de su abrigo un álbum titulado *La vida en campaña*, y me lo pone en las manos, sonriendo con ironía.

— Hojéelo usted, y me comprenderá — murmura.

*
**

A medida que las páginas ilustradas pasan ante mi vista, en efecto, una imagen nueva va formándose en mi mente. ¿Son éstos los mismos hombres que acabamos de dejar adormecidos en el campamento?... Sin duda los uniformes son iguales... Pero todo lo demás es distinto, desde los pies hasta la cabeza... Aquí hay animación, aquí hay espíritu, aquí hay vida, aquí lo que domina no es la seriedad, sino, por el contrario, la nota cómica, la abundancia de movimiento. Delante de un Estado Mayor, en la primera página, marcha, al paso de parada, un enano que apenas le llega a la rodilla al coronel del regimiento y que ostenta en su uniforme kaki más galones y más entorchados que un feldmariscal. Todos los rostros rien, menos el del diminuto bufón militar. Un letrado dice: *The mascotte of the regiment*. En la página siguiente nos encontramos en la batalla del Iser, en medio de las inundaciones del otoño pasado. Un Tommy, montado en una barrica vacía, trata de atravesar el río sirviéndose de dos tapaderas de marmitas para remar. Su boca se abre, cual la de una máscara japonesa, en una carcajada enorme. En la orilla, con el agua hasta las rodillas, sus compañeros rien también como niños, observando sus esfuerzos. Más adelante, una compañía, que vuelve del fuego, pasa por una aldea ocupada, y desde las ventanas de las casas, los soldados la saludan, echándola ramas verdes. En otra aldea, los oficiales de un regimiento arrastran un carruaje en el cual ha tomado asiento un capitán y su novia. Un letrado dice: «La boda del herido.» Luego veo desfiles de músicas, juegos de pugilato, simulacros de guerra en los que el *boche* está representado por un muñeco con casco... Y, al fin, para terminar de un modo inesperado el espectáculo, aparece una tropa en marcha, precedida por una cabra coronada de flores...

— Todo eso — me dice mi mentor cuando cierro el álbum — está tomado del natural, y no contiene sino escenas corrientes de la vida en campaña. Nuestro pueblo es serio, sin duda; pero más por fuera que por dentro. Aunque me esté mal el confesarlo, tenemos algo de la gravedad del *clown*, que, después de pasearse por el circo con el ceño cejijunto durante unos minutos, da un salto, suelta una carcajada, corre detrás de un perro y va, al fin, a sentarse en una butaca, como si no hubiera sucedido nada. Nuestra misma sangre fría oculta ardores iguales a los de todo el mundo. ¿No ha leído usted el libro de Philippe Gibbs sobre la guerra? Ese escritor conoce a fondo nuestro ejército actual, por vivir en el frente desde el principio de 1915, por haber asistido a su primera formación, por ser un verdadero observador, en fin. ¿Y sabe usted lo que dice?... Que cuando alguno de nuestros compatriotas se muestra más frío, es cuando más agitada tiene el alma...; que muchos de los que parecen tranquilos se mueren de miedo en el fondo...; que somos, en suma, iguales a todos los hombres...

*
**

Oyendo hablar al capitán, recuerdo una anécdota que me refirió hace algunos meses un periodista inglés, y que, si he de decir la verdad, me pareció entonces algo fantástica.

— Una mañana, en el frente de las inmediaciones de Iprés — díjome aquel compañero —, los soldados que tenían derecho a pasar el día fuera de las trincheras, descansando en las líneas de reserva, organizaron una partida de *foot-ball* en una llanura al parecer muy abrigada, a doscientos metros de la primera línea. El coronel del sector había examinado el lugar, y al marcharse

había dicho: «Aquí pueden ustedes dormir tranquilos.» Una vez terminados los preparativos tradicionales, el juego comenzó a eso de las once, después del almuerzo. A las doce, una bomba cayó en medio de un grupo de soldados, hiriendo a uno de ellos. «¿La partida continúa?», preguntó el herido antes de marcharse a la ambulancia. «Sí», contestaron los demás. «Pues volveré en cuanto me pongan una venda.» Y la partida continuó, y el bombardeo también. «Es una locura», les hice observar. «Pues márchese usted», exclamó un sargento escocés. Y mirando con desdén mi traje, agregó: «Los paisanos no se hallan nunca a gusto en estos lugares.» Naturalmente, me quedé... ¿Qué iba a hacer?... Me quedé, resignado a morir, sin dejar de comprender que era idiota quedarme... Después del primer herido, vimos caer a tres muchachos que se disputaban una pelota, y que gritaron: «La partida continúa.» A eso de las tres de la tarde, cuando el coronel, enterado de lo que pasaba, mandó a un ayudante con la orden de retirarnos en el acto de aquel sitio, habíamos perdido más de diez jugadores... A la hora del te, el escocés que antes me había hablado con desdén fué a sentarse a mi lado sin pronunciar una palabra. Como su silencio me exasperaba, le dije: «Creo que también usted tuvo un poco de miedo, al final.» Sin levantar la cabeza, me respondió: «¿Un poco?... Mucho miedo... Yo siempre tengo miedo...» Y después de tragarse un *sandwich*, terminó: «Pero el miedo no debe nunca obligarnos a perder la tranquilidad.»

*
**

El capitán a quien refiero tal historia, sonríe y me dice:

— Anécdotas como ésa las hay por millares entre las notas íntimas de nuestros oficiales... Yo conozco algunas más pintorescas aún... ¿Quiere usted que le cuente una de la que fuí testigo, casi actor?... Pues verá usted... Durante la gran batalla de Iprès, las peripecias inesperadas de la lucha convertían a menudo los campamentos de reserva en líneas de combate. A cada instante, una sorpresa obligaba a los que se hallaban descansando de las fatigas de una semana de trincheras, a defenderse en sus barracas tranquilas. Yo tomé cierta noche parte en uno de aquellos episodios pintorescos... Era una noche de luna, una hermosa noche tibia de otoño... En el teatro del vivac representábase una pantomima que nuestros Tommys habían preparado con el mayor esmero, gracias a la magnificencia de lady W..., la gran protectora del arte escénico en el frente. De Calais nos habían mandado treinta trajes fantásticos, cubiertos de lentejuelas y de adornos extraordinarios. Y como se trataba de un estreno, los oficiales habíamos sido convocados para asistir a la fiesta. Si no recuerdo mal, el argumento de la pantomima era un rapto en un harén en Constantinopla. Diez escoceses, vestidos de odaliscas, ocupaban un lado del escenario y ejecutaban, envueltos en velos de colores violentos, verdes, amarillos, rojos, una danza, que trataba de ser lánguida, sin conseguirlo. Del otro lado, una tropa de genizaros preparábase al asalto del harén con precauciones meticulosas. Había algo de baile ruso en aquel espectáculo policromo e ingenuo. Los soldados rubios, afeitados, esbeltos, gozaban de sus disfraces exóticos con alegría de niños. Los que estaban ataviados con prendas femeninas, sobre todo, demostraban

un orgullo candoroso. La representación se desarrollaba entre episodios cómicos, y todos sentíamos un regocijo suave, que nos hacía olvidar las fatigas y los peligros de los días anteriores. La guerra estaba muy lejos de nuestros ánimos. «Demasiado lejos», murmuró a mi oído un oficial que se hallaba a mi lado, y a quien yo le comunicaba mis impresiones. Entonces, como si la Providencia hubiera escuchado su voz, un estallido formidable conmovió el espacio. Era una bomba, sin duda... Al mismo tiempo, un sargento entró en el teatro y gritó: «¡Los de la brigada de Guards, a las armas!» Hubo un minuto de sorpresa y de estupor. Las odaliscas dejaron de bailar. Los genizaros abandonaron su juego escénico. En seguida, los oficiales y los soldados que pertenecían a la tropa designada por el heraldo del general, y entre los cuales me encontraba yo, nos apresuramos a unirnos a la columna movilizada. De lo que se trataba era de rechazar un ataque inesperado en las inmediaciones mismas del campamento. El combate fué rudo. Cada uno cumplía con su deber honradamente, fríamente, británicamente, en fin. De pronto, una risa enorme sacudió el pecho de mi compañía. Delante de nosotros, avanzando con un arrojo extraordinario, un grupo fantasmagórico atacaba a la bayoneta: eran las damas del harén, que no habían tenido tiempo de quitarse sus velos, y que, aun en la contienda, seguían ejecutando su danza oriental... Al cabo de una hora, los alemanes huyeron, dejando en nuestro poder algunas ametralladoras y unos cuantos prisioneros. Cuando volvimos al campamento, una de las damas del harén, que acababa de distinguirse en la pelea, me pidió que le permitiese a ella y a sus compañeras continuar la representación. «No somos ya sino siete — díjome —, porque las otras tres han sucum-

bido.» «Vayan ustedes», les contesté. Y yo mismo me fuí al teatro, creyendo que se trataba de reanudar una función interrumpida. ¡Cuál no fué mi sorpresa al notar que, a pesar del ataque cercano, los genizaros habían seguido preparando el sitio del harén. Al ver llegar a las damas que debían ser raptadas, y cuyos velos estaban algo ajados y hasta algo manchados de sangre, hubo una risa general. Luego la pantomima continuó, continuó el baile exótico, continuó el conciliábulo de los raptadores... El teatro estaba más lleno que nunca, porque nuestro general había tenido la amabilidad de invitar al *great* estreno a los prisioneros alemanes que acabábamos de hacer.

Cuando el capitán termina su relato, una sonrisa general anima nuestra tertulia. Para nosotros, extranjeros, incapaces de comprender lo que es el *humour* en sus manifestaciones patéticas, esta historia muy inglesa tiene algo de increíble. Para nuestros amigos los militares británicos, dijérase que es la cosa más natural del mundo.

*
**

Sin notar siquiera el asombro que su relato ha causado en nuestro espíritu latino, el oficial inglés se queda impasible, acariciando su pipa. Hay algo de helado, algo de cadavérico, en su rostro fino y fiero. Sus ojos, que son en realidad penetrantes cual los de un lince, parecen no ver nada. En la estancia pesa durante algunos instantes un silencio absoluto. Por una ventanilla, descúbrese, a veinte pasos, las primeras barracas del campamento que acabamos de visitar, y en el cual la actitud somnolente de Tommy nos llenó de sorpresa.

— Mire usted — me dice nuestro capitán, señalándome el reloj, que marca las cinco.

Y en seguida, volviéndose hacia la ventana, agrega :
— Fíjese usted en lo que va a pasar...

En el mismo instante, el espacio, antes desierto, llénase de soldados, que se encaminan en silencio hacia un punto determinado. Es la hora del te, la hora solemne, una de las cuatro horas canónicas del día inglés. En todo el Imperio británico los súbditos de Su Graciosa Majestad saben que es preciso abandonar el trabajo durante veinte minutos para sentarse ante una mesa cubierta de *toasts*, de mermeladas, de lonjas de jamón y de tazas humeantes. Aun en medio de las más rudas batallas, los jefes tratan de arreglarse de manera que el *five o'clock tea* no sea ilusorio para sus tropas.

«De los ingleses — decía el general Foy — no puede decirse que han sido bravos en ciertas circunstancias, pues lo son siempre, con tal que hayan comido, bebido y dormido bien. Su valor, más físico que moral, necesita ser sostenido por una alimentación sólida y abundante. La gloria no les hará nunca olvidar, como a los nuestros, que tienen hambre, que tienen sueño y que sus botas están rotas.»

Que esto ofrece ventajas trascendentales para la raza, nadie lo duda. Pero, al mismo tiempo, ¡qué de preocupaciones para el Estado Mayor en una guerra como la actual, en la que cualquier accidente puede comprometer durante un día el abastecimiento!

*
**

Mi mentor continúa :

— En Francia, si fuera necesario reclutar voluntarios, bastaría sacar a la calle las músicas militares, los estan-

dartes gloriosos, las grandes frases de honor, de patria, de gloria... Entre nosotros hay que proceder de otro modo. Nuestro pueblo es tan patriota como el que más; pero, al mismo tiempo, es positivo y realista. Vea usted los prospectos que se reparten por millones en el Reino Unido para decidir a los que aún no han acudido a alistarse: en ellos se habla de la paga, que no es de diez céntimos, como en Francia, sino de varios chelines, y se habla también de los uniformes, de las camas, de la comida... Yo he preguntado a muchos franceses lo que comen, y no han sabido contestarme a punto fijo. No tiene importancia para ellos esa cosa prosaica... Entre nosotros no hay nadie que ignore que cada soldado recibe al día: una libra de carne, una libra de pan, 90 gramos de te, 110 gramos de mermelada, media libra de legumbres, 120 gramos de manteca o tocino, 100 gramos de queso y 40 gramos de tabaco, sin contar la cerveza. Todo esto tiene una gran importancia para el que estudia nuestro ejército. Algo de nuestro orgullo y de nuestra sangre fría nos viene de nuestra seguridad de alimentarnos bien. Von Bülow ha dicho, plagiando a uno de nuestros humoristas, que en Inglaterra no hay un alma nacional, sino un estómago nacional. Carecemos de retórica, y eso hace creer que carecemos de ideales. Asunto de palabras y de carácter, más que de fondo... Nuestro honor, como lo asegura Gibbs, no es una cosa de la cual se habla en las conversaciones. Nuestros tipos legendarios no son los que han hecho proezas épicas, sino los que han cumplido su deber. Así, por ejemplo, ¿sabe usted quién fué Tommy, el famoso Tommy Atkins, que sirve de modelo a todos nuestros guerreros? Pues un soldado obscuro, que se hallaba de centinela a las puertas de Lucknow el día en que estalló la rebelión.

Los colonos, víctimas del pánico, salieron huyendo y dijeron a Tommy: «Ven con nosotros.» Pero Tommy les contestó: «No puedo moverme mientras el sargento no venga a relevarme.» Nada más... Compare usted eso con las leyendas francesas o españolas, con las históricas del Cid, de Bayardo, de Murat... Y es que no somos un pueblo brillante, sino un pueblo sólido... ¿Vale más lo uno que lo otro?... Lo mejor sería lo uno y lo otro, claro está... Puestos a escoger, no obstante, creo que nos quedaríamos siempre con lo que tenemos... Cada uno está enamorado de sus propias virtudes. Dígale usted a un «peludo» de Joffre que se trueque por un barbilampiño de Kitchener, y se echará a reír. En todo caso, la experiencia comienza a demostrarnos que el carácter francés y el carácter inglés, lejos de ser incompatibles, se completan el uno al otro... Los teorizantes militares de Londres y de París han establecido como principio que mientras el francés es superior en el ataque, el inglés lo es en la resistencia... Verdun, donde los franceses resisten, y Loos, donde nosotros atacamos, destruyen esta teoría. En realidad, unos y otro son, en lo esencial, igualmente admirables, con matices distintos.